

Ha elegido estar a la sombra de su marido porque es sumamente discreta. «El perfil bajo está muy bien, ella no es la Reina, la esposa del presidente no debe ser excesivamente protagonista», elogian los expertos



YOLANDA VEIGA

El gesto que sacó a Elvira Fernández Balboa (Pontevedra, 1965) del anonimato fue el menos estudiado. Aquel 9 de marzo de 2008, cuando no había nada que celebrar, se asomó al balcón de la calle Génova, recostó la cabeza sobre el pecho de su marido y le rodeó con los brazos la cintura con una sonrisa triste que lo decía todo. Mariano Rajoy acababa de perder las elecciones frente a Rodríguez Zapatero, que revalidaba el triunfo socialista, y Viri –así la llaman los suyos– quiso compartir la derrota

con su esposo. No era la primera vez y ella sabía por experiencia que en esos momentos hay menos fieles que cuando se celebran las victorias. Pero también llegó ese día. El 20 de noviembre pasado, cuando Rajoy cambió el color político del país. Viri fue la primera en salir con él a saludar a la militancia y el nuevo presidente le dio un casto beso en la boca. No fue ni el más apasionado ni el más fotogénico, pero se coló en todas las portadas al día siguiente. En estos seis meses de Gobierno, Elvira Fernández no ha vuelto a tener tanto protagonismo.

Porque no le corresponde –el cónyuge del presidente no tiene un papel institucional en España– y porque no lo quiere. Ella se siente cómoda en un segundo plano, coinciden los analistas políticos, por eso ha levantado tanta expectación su presencia en Los Cabos (México), acompañando a Mariano Rajoy a la cumbre del G-20 –ayer se trasladaron a Río de Janeiro y luego irán a Sao Paulo–. **– Es su primer viaje fuera de España. ¿Tenemos que ver en el gesto algo más?** – Puede haber una cierta intencionalidad, en el sentido de humanizar la figura del presidente.

O igual ha ido para que la gente sepa que está ahí, que no pasa nada, pero yo no lo sacaría de quicio porque esta mujer no tiene puesto en el partido –explica Juan Gay Armenteros, catedrático de Historia Contemporánea de la Universidad de Granada–. Dede noviembre solo se había dejado ver ocho veces: la noche electoral del 20-N, en la investidura de Rajoy, en el funeral de Manuel Fraga, en el Congreso Nacional del PP, la noche de las elecciones andaluzas y asturianas, en una exposición sobre el autogobierno de Galicia, en una visita al museo Thyssen... y en la

recepción anual al cuerpo diplomático que ofrecen cada año los Reyes en La Zarzuela, y que acabó en las páginas del 'Hola' con amplios comentarios sobre su acertado estilismo. Halagos que no pueden molestar más a una mujer sumamente discreta, a la que los fotógrafos también 'chafaron' con sus flashes el día de su boda con Mariano Rajoy. Fue en diciembre de 1996, la vestía Lorenzo Caprile y el ahora presidente ya era ministro de Administraciones Públicas con Aznar. Habían sido novios durante cuatro años –ella tenía 31 y él, 41–: el flechazo les llegó una noche de dis-



En la investidura de Rajoy, flanqueada por Dolores de Cospedal y Esperanza Aguirre. :: REUTERS



En el funeral de Manuel Fraga, en Santiago de Compostela, el pasado enero. :: REUTERS



Llegada a Los Cabos (México), donde asisten a la cumbre del G-20. :: REUTERS





En un mitin del PP en Cádiz, antes de que Rajoy ganara las elecciones. :: EFE

ESTILO SENCILLO Y CUIDADO

Rasgos armónicos

Tiene un físico de rasgos clásicos y una figura proporcionada, aunque la altura de Mariano Rajoy (1,88) la empequeñece un poco. Su estilo es discreto pero cuidado.

El examen de Los Cabos

Al bajar del avión parecía relajada, aunque habría estado más correcta con la chaqueta puesta en lugar de en la mano (foto de la izquierda).

La foto del 'Hola'

En enero, asistió a su primer acto oficial, la recepción anual de los Reyes al cuerpo diplomático y salió en la prensa rosa. En la revista 'Hola' aplaudieron el acierto de su atuendo (foto silueteada de arriba): falda granate larga y chaqueta entallada de terciopelo negro.

Sus colores

El blanco le sienta muy bien, pero el beige y el cámel no le favorecen mucho. No le asusta vestir prendas en tonos vivos como el morado o el anaranjado. Le gustan los estampados pequeños. Se permite algún toque coqueto como la pedicura en rojo brillante.

No viste de marca

No suele llevar marcas a la vista, aunque en una gala en honor al presidente de Perú llevaba un bolsito de Miu Miu. Usa joyas discretas y siempre lleva pendientes.

Melena más larga

Le sienta mejor el pelo algo más largo y desfilado que la melena corta y cuadrada. Siempre usa maquillaje, pero discreto.

Valoraciones realizadas por Guadalupe Cuevas, directora de la web www.fashionassistance.com



cional de primera dama porque le parece «anticuada». «Quiero cambiar las cosas, quiero renovar esa palabra», ha anunciado Trierweiler. Y ha dejado a los franceses «algo desconcertados con tanto protagonismo, aunque después de Carla Bruni están curados de espanto».

En excedencia

Elvira Fernández, invisible hasta la llegada de su marido a la presidencia, no quiere focos, y él tampoco. «Rajoy sale porque tiene que salir. Y a Zapatero le ocurría algo parecido, recordemos cuando se publicó aquella foto de sus hijas (en la Casa Blanca). Se le vio realmente herido, indignado, porque sintió que violaban su intimidad. Fue significativo», considera Gay Armenteros.

Mariano Rajoy y Elvira Fernández tienen también dos hijos –Mariano, de 13 años, y Juan, de 7–, a los que su madre acompaña cada día al colegio británico de Pozuelo. La mujer del presidente es empleada de Telefónica –trabaja como analista de contenidos para el mercado audiovisual–, pero está de excedencia. Porque una cosa es mantenerse en un segundo plano y otra estar desaparecida. «Hay eventos a los que tiene que acudir, como el día de las Fuerzas Armadas, un acto en el Palacio de Oriente, una recepción oficial a un jefe de Estado... En esos momentos hay que estar salvo que se esté enfermo», convienen los expertos.

La cumbre del G-20, en cambio, no era una cita obligada: «son reuniones de trabajo duro» y no queda mal que solo acudan ellos –con Rajoy ha ido el ministro de Economía, Luis de Guindos–. Para que los cónyuges que visitan Los Cabos (México) no se aburran hay un programa de actividades ‘alternativas’ más relajado que el de los gobernantes: cenas, paseos en barco, la visita a un jardín botánico, a un centro de artesanía... Entre las ausencias, una habitual, el marido de Angela Merkel, el catedrático de Química Joachim Sauer. Después de la «llamativa» foto con todas las esposas en la cumbre del G-8 en Alemania hace cinco años –su presencia obligó a cambiar el nombre del ‘programa de primeras damas’, por el de ‘cónyuges’– no se ha vuelto a dejar ver. «No le acompaña a casi nada porque no se siente cómodo en ese papel», explica Carmen Ortega. Tan discreto es Sauer que no fue ni al acto de investidura de su mujer en el Parlamento alemán y lo siguió por televisión. Y nadie se preguntaba entonces si estaba desaparecido... como Viri.

coteca en Sanxenxo, cuando les presentó el hermano de Rajoy.

Viri sigue la línea sobria de Sonsoles Espinosa, aunque la mujer de Zapatero se dejó ver algo más y en los primeros seis meses de Gobierno socialista asistió a trece actos oficiales.

– ¿Mejor ser discreta?

– El perfil bajo está muy bien y en el caso de Elvira Fernández forma parte de su personalidad, ella disfruta del anonimato –zanja el debate Teodoro León Gross, profesor de Comunicación de la Universidad de Málaga–.

El papel «gris» de las esposas de Rajoy –«en la campaña electoral

ya se mantuvo en un segundo plano», anota Carmen Ortega, experta en Ciencias Políticas– y de Zapatero contrasta con el protagonismo que ejercieron Carmen Romero, exmujer de Felipe González, y sobre todo Ana Botella. La actual alcaldesa de Madrid acompañó a José María Aznar siempre que tuvo ocasión y en el primer medio año de Gobierno participó en veinticinco acontecimientos. «Llamó mucho la atención su excesivo protagonismo, porque la mujer del presidente no debe salirse del tiesto. España es una monarquía parlamentaria y ya tenemos una primera dama,

que es la Reina, que además lo hace muy bien», recuerdan los expertos, que animan a seguir el modelo europeo. «A los consortes de los presidentes nórdicos ni les conocemos y tampoco se ve mucho a la mujer de David Cameron. De hecho, la prensa británica criticó el exceso protagonismo de la esposa de Tony Blair, que era un poco meticona y parecía empeñada en tener un papel».

Cuando hay una reina, según el protocolo, ‘sobra’ la vertiente pública de la primera dama. Otra cosa son los sistemas presidencialistas al estilo americano. «En Estados Unidos Michelle Obama es

una auténtica reina, la veneran y a la Casa Blanca le confieren matices de palacio por esa nostalgia de la corona inexistente. Y Michelle tiene una agenda social y educativa tremenda», precisa León Gross.

A ella se la ve encantada en este papel de activa ‘first lady’ que reparte menús en comedores sociales, planta árboles con los niños en un colegio o invita a cenar a George Clooney. No como a su homóloga francesa, Valérie Trierweiler, compañera sentimental del presidente François Hollande y periodista en activo. Ella no está a gusto con la etiqueta tradi-